

“UN DÍA ME IRÉ DE GOLPE [...] Y TODO SERÁ DESPERDIGADO, OLVIDADO, PERDIDO”.

ÁNGEL RAMA EN LA INESTABILIDAD DE LA CRÍTICA

UM DIA ME IREI DE REPENTE [...] E TUDO SERÁ ESPALHADO, ESQUECIDO, PERDIDO
ÁNGEL RAMA NA INESTABILIDADE DA CRÍTICA

Marcela Croce¹

RESUMEN: La “función crítica” es un concepto que permite verificar la manifestación de la práctica en textos que no se reconocen vehículos de la crítica. Una discursividad múltiple compone ese repositorio, de la cual este artículo se enfoca sobre la correspondencia intelectual. Para ello escoge *Una vida en cartas*, selección de la correspondencia de Ángel Rama editada en 2022 por la hija del autor y la antigua discípula Rosario Peyrou. Por razones puramente didácticas y organizativas el trabajo se divide en tres grandes períodos, que no son en absoluto etapas cerradas sino que en ocasiones se superponen y frecuentemente se intercomunican con los otros momentos. La voluntad de la indagación es estudiar la crítica libre de los condicionamientos profesionalizantes y de las exigencias de las publicaciones académicas, allí donde es posible restituir juicios de primera mano y relaciones intelectuales con proyecciones afectivas que van desde la confianza hasta el debate directo y el reproche virulento.

Palabras clave: Función crítica; epistolario intelectual; profesionalización de la crítica; estudios latinoamericanos; redes intelectuales.

RESUMO: A “função crítica” é um conceito que permite verificar a manifestação da prática em textos que não são reconhecidos como veículos de crítica. Uma discursividade múltipla compõe esse repositório, da qual este artigo foca a correspondência intelectual. Para isso, escolhe *Uma vida en cartas*, uma seleção da correspondência de Ángel Rama editada em 2022 pela filha do autor e pela ex-discípula Rosario Peyrou. Por razões puramente didáticas e organizativas, o trabalho está dividido em três grandes períodos, que não são etapas fechadas, mas as vezes sobrepõem-se e frequentemente intercomunicam-se com os outros momentos. A vontade da investigação é estudar a crítica livre das condições profissionalizantes e das exigências das publicações acadêmicas, onde seja possível restaurar julgamentos de primeira mão e relações intelectuais com projeções afetivas que vão da confiança ao debate direto e à reprovação enfática.

Palavras-chave: Função crítica; epistolário intelectual; profissionalização da crítica; estudos latino-americanos; redes intelectuais.

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires-UBA. Profesora Regular de Problemas de Literatura Latinoamericana, docente en el posgrado y Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina (INDEAL) de la Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires-UBA, Argentina. Fue responsable de la investigación que produjo los seis volúmenes de la *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña* (2016-2019) y actualmente conduce un equipo que estudia la crítica literaria en América Latina.

A fin de rastrear aquella práctica de la crítica que esquivo la forma tradicional del artículo o la tentativa unificadora del libro –incluso cuando los volúmenes alinean textos parciales, reunidos con criterios diversos– apelo a un término cuya condición conceptual me propongo justificar: la “función crítica”. Concebida a la vez como verificación del ejercicio disperso de la crítica y como orientación para abordar las variantes morfológicas en las que se manifiesta un género tan versátil, cuyo propósito es producir un texto a partir de otro (sea juzgándolo, sea continuándolo), la función crítica abarca un elenco formal que integran el prólogo, la crónica, el ensayo y las correspondencias y diarios personales. De tan profusa serie elijo en este caso el epistolario intelectual. Bajo tales auspicios encaro la correspondencia de Ángel Rama reunida por Amparo Rama y Rosario Peyrou con la inevitable arbitrariedad de toda selección y publicada con perspectiva unilateral: esto significa que solamente constan en ella las cartas escritas por Rama, lo que suspende el acceso a la recepción efectiva de sus propuestas e impide verificar desde allí el éxito de sus iniciativas; apenas autoriza una ponderación del empeño organizador, en ocasiones fundador y siempre religador del crítico.

A los fines de promulgar la función crítica para el tratamiento de un fenómeno circunscripto, me restrinjo a este volumen y renuncio momentáneamente a un rastreo del archivo de Rama que ha sido cumplido de manera parcial en algunos casos (Coelho y Rocca, 2015; Candido y Rama, 2016).² Dado que mi propósito actual no es filológico ni aspira a relevar el impacto del autor sino a indagar cómo se instala la crítica en géneros donde no se la suele buscar, resulta suficiente la colección de misivas que integra *Una vida en cartas* (Rama, 2022). El recuento epistolar cubre los cuarenta años que van de 1944 a 1983 y registra inevitables desequilibrios en su ordenamiento cronológico: a una primera parte que se detiene con delectación en el espacio montevideano para devolver a figuras como José Pedro Díaz, Manuel Claps y Amanda Berenguer a la cotidianidad de la cual la literatura latinoamericana contemporánea parece haberlos expulsado, le suceden un segmento en el que sobresale la adhesión de Rama a Casa de las Américas y a la Revolución Cubana y dos sectores finales que ocasionalmente se superponen: el que concierne al armado de la Biblioteca Ayacucho desde Caracas a partir de 1974 y el que se expande en proyectos igualmente ambiciosos (una Historia de la literatura latinoamericana, una antología continental) tramados con colegas admirados.

Espigaré entre el material disponible aquellos aspectos más propicios a la confirmación del concepto propuesto. La función crítica encuentra en este repositorio estrategias puntuales de manifestación y habilita establecer periodos en la formación del crítico, cuya marcación no reviste más voluntad que cierto ordenamiento, ya que la periodización que intento aquí no es estricta ni esquemática. Pero sobre todo la consulta del epistolario, que integra la zona difusa de los archivos vinculados a la intimidad –en el caso de Rama existe también un *Diario*, cuyo carácter privado y espontáneo resulta más dudoso y que, ya bastante acotado en su extensión (1974-1983), abunda en hiatos significativos (Rama, 2008)–, franquea el acceso a la versión relativamente recóndita de la crítica que se filtra en textos ocasionales y restituye opiniones limpias de los recaudos previsibles que arrastra la publicación, y que se vierten con la naturalidad de un diálogo en confianza o el *impromptu* de una idea que se está tanteando.

² De hecho, estas otras ediciones de las cartas de Rama, tanto las que reponen su diálogo epistolar con Darcy y Berta Ribeiro como las que restituyen el intercambio con Antonio Candido, también son incompletas y algunos de sus documentos aparecen replicados en la edición de 2022.

(Un párrafo nostálgico: este tipo de ejercicio solamente será posible con autores previos al siglo XXI. La aparición de nuevas tecnologías, que no conformes con dejar registros más efímeros también exigen la eliminación de correos electrónicos y formatos similares por limitaciones del almacenamiento, condena a la extinción la correspondencia. En época de hiperconexión y de multiplicidad de medios de contacto, el archivo se vuelve más endeble que nunca. Los métodos de grabación de información que sepultaron al papel son reemplazados sucesivamente y, si bien no desaparecen por completo, requieren ciertos mecanismos de reproducción que se han vuelto obsoletos: cassettes, disquetes, CDs ya forman parte de una arqueología informática y el mismo correo electrónico persiste como un uso de personas mayores o exclusivamente laboral. Correlativamente la intimidad alcanza grados de exposición inéditos, frecuentemente asociados a ficcionalizaciones perversas –las relaciones más tormentosas se desmienten con una foto familiar incluida en las redes sociales; las polémicas virulentas ahora se soslayan mediante la ausencia de reacción a una publicación virtual–. La función crítica queda así liquidada y el diálogo abatido por la imaginería de cotillón de los emoticones).

En los inicios de su carrera, desde mediados de los años 40, las lecturas de Rama ocupan mucho más tiempo que la escritura (correlación que se invierte con los años) y son blancos de aproximaciones y comentarios de una fresca impresionista que rechaza la precisión y las sistematizaciones; estas sobrevienen a partir de la década de 1960, cuando la selección de autores inaugural en que destacan narradores norteamericanos y ensayistas y poetas españoles desaparece de las referencias, desplazada definitivamente por los escritores vernáculos. Mucho más constante a través de las décadas, en cambio, es el tratamiento que Rama les concede a las revistas: desde *Clinamen* en los 50 hasta *Crisis* en los 70, pasando por episodios ríspidos como el de *Mundo Nuevo* y con la persistencia de *Marcha*, las publicaciones periódicas se mantienen no solamente en el interés del autor sino como conglomerado crítico y en tanto soporte eficaz de circulación. Los años 60 reclaman intervenciones en que la evaluación de textos es inescindible de cuestiones políticas; y si el contacto con los cubanos subraya la tendencia, será el Caso Padilla en 1971 el que exija una versión de la crítica que reclama al intelectual como ejecutante autorizado (Gilman, 2003).

Las cartas de los 70 y comienzos de los 80, hasta la muerte accidental de Rama en noviembre de 1983, confirman la profesionalización del crítico. La fundación de la Biblioteca Ayacucho y las tensiones en torno al plan van desalentando al director editorial, como lo confirmaba también el *Diario* con el tono depresivo que lo impregna, algo que parece incidir en esa opción final por la conversación directa con los más afines y por los proyectos cuya solvencia económica queda garantizada a través de ofertas norteamericanas o europeas. Como documento de un desarrollo crítico, como espacio de evaluación inmediata libre de condicionamientos, como marco que entrelaza juicios textuales y personales, la correspondencia de Rama se revela objeto propicio al rastreo de la función crítica con un valor independiente de la confrontación con los textos consolidados de la práctica, aunque sea en la integración de todas esas producciones donde encuentre su mayor potencia.

Época de lecturas

Un punto de partida ideal lo proveen aquellas consideraciones de Rama de las que se desprende una fenomenología de la carta: la sospecha de que el género sea “obra de las ‘amantes novias babilonias’” (a José Pedro Díaz, 29 abr. 44, p. 37) se complementa seis años más

tarde, en una extensa misiva interrumpida y retomada durante una semana, que provee la pauta para vincular en el crítico la escritura intimista y el humor melancólico: “¿Has comprobado que uno se siente tentado a escribir cuando no se siente bien más que cuando está lleno de actividades y le retoza la alegría? Por eso en general las cartas adolecen de cierta melancolía” (a Díaz y Amanda Berenguer, 15-22 mar 50). El género epistolar aún la recaída confesional con la tendencia depresiva, como si la intimidad exigiera una seriedad lindante con el desánimo. En las cuatro décadas que cubre el libro Rama aprenderá a hacer del vehículo postal un medio para plasmar el entusiasmo, sin caer en las tentaciones del optimismo aunque conjurando el sobrevuelo derrotista que parece persistir en los años de vida montevideana. El ritmo provinciano que lo apabulla en esa capital anómala es algo que condenará al asociar el provincianismo con las tendencias conservadoras en la tensión urbano/rural que organiza el planteo de *Transculturación narrativa en América Latina* (1982).

Una superstición moderna, autoasignada al siglo XXI, arrincona en el orden de lo vetusto los años que rodean a la mitad de la pasada centuria; la correspondencia de Rama parece adosarse tal etiqueta a través de los proyectos manifiestos en los envíos, ligados a ideas que habían sido puestas en práctica a comienzos del siglo XX como la serie de conferencias organizada por el Ateneo de México en 1909 que retorna en el “ciclo de conferencias [...] en el salón rojo del ateneo” con posterior publicación en forma de folletos (a Díaz, 29 abr 44, p. 40). Las lecturas del canon norteamericano también se inscriben en esta línea que merodea la noción de “rescate”, con una fascinación locuaz por Herman Melville (a Manuel Claps, 19 jun 48) y un inesperado desdén por William Faulkner, a quien descarta por “soporífero” tras adjudicar su éxito al esnobismo de colegas como Carlos Martínez Moreno (a Díaz, 5 may 50, p. 90-92).

En contrapartida, hay un interés notorio por los autores españoles, más injustificado en función del juicio lapidario sobre Faulkner: ante el naufragio de un narrador que será preciso recuperar para acometer la crítica del *boom* latinoamericano, ¿qué relevancia registran una eventual conferencia de Guillermo de Torre, el anuncio de un número de homenaje de *Clinamen* a Miguel de Unamuno y la solicitud de poemas de Miguel Hernández (a Guillermo de Torre, 11 mar 49, p. 53), en vísperas de escribirle a Juan Ramón Jiménez (14 mar 49, p. 54) para convidarlo a colaborar con *Fábula*? Y a su vez, ¿cómo combinar al Faulkner exonerado sin más trámite que el aburrimiento que le produce con el Bécquer que lo fascina porque “su prosa ahonda la sugestión de su mundo tembloroso”? (a Díaz y Berenguer, ago-sept 1950, p. 103). Previamente había formulado consideraciones filológicas sobre un poema becqueriano publicado en *La Revista de América* editada por Francisco García Calderón (a Díaz y Berenguer, 15 mar 50, p. 70-71).

Conviene restituir un dato que registran episódicamente las cartas del período: la presencia de José Bergamín en Montevideo entre 1947 y 1954, como profesor del grupo de errática formación académica que componen Rama, su primera esposa Ida Vitale, Díaz y Berenguer –del lado de los reticentes al magisterio se ubican Idea Vilariño, Claps y Emir Rodríguez Monegal (Dominguez G., 2022)–. Bergamín no deviene corresponsal porque la inmediatez exime del carteo, pero cobra protagonismo cuando Rama admite que “por iniciativa genial del Pibe [Carlos Maggi] creamos una editorial que dirigirá Bergamín” (a Díaz y Berenguer, 5 mar 50, p. 56). El español emigrado sugiere editar en la revista *Fábula* a André Malraux, elección que parece inducida por la relevancia política del francés, próximo en esos años al presidente Charles De Gaulle y previamente participe directo de la resistencia a Franco al comienzo de la Guerra Civil española.

Editoriales y revistas son ocupaciones de estos años que van de mediados de los 40 hasta comienzos de los 60. Las publicaciones periódicas adquieren protagonismo en la correspondencia, lo que responde tanto a la planificación que reclaman como a las dificultosas relaciones humanas que se traman en ellas, relativizando la posibilidad de encararlas en tanto *formaciones* (Williams, 1980). La creación de *Clinamen*, cuyo número inicial es de marzo de 1947, reúne a escritoras montevidéanas como Vitale y Vilariño, mientras Rama se abstiene de publicar en esa entrega para “evitar la ridícula situación de hacer una revista enteramente escrita por el Comité de Redacción” (a Claps, 18 mar 47, p. 43-44); además, sus planes revisten un alcance más extenso que esas páginas, como confirma la referencia confidencial a una edición del *Apologético* de Juan de Espinosa Medrano que piensa solventar con fondos de la Biblioteca Nacional (p. 46). Sería excesivo ver en este renglón ocasional un germen del plan sistemático que conformará desde 1974 la Biblioteca Ayacucho (el *Apologético* es uno de los títulos de la colección), pero también resultaría una torpeza no identificar en el enunciado un síntoma del posterior desplazamiento del interés desde la literatura española hacia la latinoamericana.

El papel de Rama en *Clinamen* se revela fugaz: en carta a Claps sin fecha precisa (aunque situable en 1948) expone la doble desilusión de que el compañero haya hecho ingresar a Emir Rodríguez Monegal a la revista y de que el mismo Claps no renuncie en solidaridad con la dimisión de Rama. Mucho más ambigua es la situación en torno a *Marcha*, donde maneja la página literaria y se dedica a la publicación de cuentos –entre ellos “Avenida de Mayo, Diagonal, Avenida de Mayo” de Juan Carlos Onetti en el n. 518 de marzo de 1950– porque “[le]s la única forma de no ahogarse con *Marcha*” (a Díaz y Berenguer, 5 mar 50, p. 61-62), declaración que antecede a la más frontal “*Marcha* me pudre” (p. 63) y al reconocimiento según el cual “*Marcha* me interesa de verdad cuando la hago solo” (a Díaz, 5 may 50, p. 89). El desencadenante de tal admisión es el escándalo provocado por la publicación de *Las Hortensias* de Felisberto Hernández, cuyos artífices son los contertulios del café Metro, la revista *Asir* y Alfredo Gravina, ante quien reacciona Rama repudiando a “los mentecatos de la crítica” (89).

Pero sobre todo la publicación fundada por Carlos Quijano y vinculada a la izquierda latinoamericana era un medio de subsistencia para quien procuraba vivir exclusivamente del trabajo intelectual. A raíz de una nueva intervención de Rodríguez Monegal, Rama pierde el puesto.³ El 19 de junio de 1950 se lo informa al amigo: Martínez Moreno asume la dirección cultural del semanario y le pide la renuncia. “Entra Benedetti como pantalla y detrás, públicamente confirmado por el propio Monegal, este” (a Díaz, 19 jun 50, p. 101).⁴ Una catarata descorazonada completa la carta: “la catadura moral de esta gentuza” que reúne a los tres implicados en el caso se suma al desprecio de Bergamín por el trabajo de Rama (101). Sin embargo, eso no lo amilana; al contrario, su respuesta airada aunque exclusivamente privada está en sintonía con la que por la misma época ensaya Borges en la conferencia “El escritor argentino y la tradición” (1951),⁵ convertida en programa intelectual: “Hay que chuparle a

³ Más adelante lo retomará y, aunque el 14 de septiembre de 1967 le presenta a Carlos Quijano se renuncia a la sección literaria en razón de que sus obligaciones universitarias le exigen mucho tiempo, mantendrá una proximidad con la revista, sobre todo a medida que los espacios de la izquierda se vean cercados por la creciente presencia norteamericana a fin de contrarrestar los avances de la Revolución Cubana. Cfr. *infra*.

⁴ Sobre la relación Rama/Rodríguez Monegal, cfr. las páginas iniciales de *Crítica practica y práctica crítica* (González Echevarría, 2002).

⁵ Carlos Altamirano, al abordar este texto en su rastreo del nombre y los alcances de América Latina, comenta: “Nora Catelli ha devuelto la conferencia de Borges a una historia: la del complejo discursivo americanista que se ligaba a los nombres de Reyes y Henríquez Ureña. ‘El escritor argentino y la tradición’ sobreentendía los tópicos de ese complejo discursivo” (Altamirano, 2021, p. 169).

Europa todo lo que pueda darnos. Esa es la obligación de todo americano auténtico” (p. 102).

El pasaje entre revistas implica una revisión crítica de las preferencias de Rama que se inscribe en la correspondencia y no se registra en ningún otro soporte (excepto, probablemente, el oral; hoy incontrastable). Cuando se comunica con Jorge Guillén para remitirle *Entregas de La Licorne*, publicación dirigida en Montevideo por Susana Soca y a la que Rama contribuye activamente, lo invita a colaborar y le pide que interceda para conseguir un texto de Salinas (12 feb 54); unos meses más tarde no vacila ante el comentario mordaz enfocado sobre Juan Ramón Jiménez, cuyo paso por Montevideo fue un desborde de “todo ese veneno de puritanismo narcisista que decora su gran poesía” (a Guillén, 3 jun 54, p. 130). El crítico se desinteresó de la figura, tal vez porque ya había logrado poner en perspectiva a los españoles en un Uruguay en el que la producción literaria exhibía fenómenos de los que la península carecía.

En tal sentido, la misiva que le dirige a Enrique Anderson Imbert, marcada por el lamento sobre el tratamiento liviano que el profesor argentino radicado en Estados Unidos le dedica a Uruguay en la *Historia de la literatura hispanoamericana* que publica en 1954, acaso sea una doble afirmación, nacional y crítica. Rama ha rumiado una carta “entre furias y penas” (12 ago 54, p. 138) que se alegra de no haber enviado. En la actual, además de reclamarle por la ubicación que merecerían los autores del 900 uruguayo en el recuento de la *Historia*, ofrece un listado de escritores encabezado por Felisberto, en el que confluyen Francisco Espínola, Morosoli, Onetti y Trillo (acaso sea demasiado temprano para incluir mujeres que destacarán en breve: apenas se habían publicado los primeros libros de Ida Vitale, Idea Vilariño y Armonía Somers, además de un folleto de la jovencísima Marosa di Giorgio).

Parece propicio detener aquí la primera etapa que, repito, no tiene voluntad de clasificación rígida. Anderson Imbert representa un momento de la crítica más próximo a la “estimación” que al estudio riguroso, más útil para el manual ordenado que para la elaboración de hipótesis. El tipo de crítica que Rama producirá al cabo de los años iniciales –cuando reemplace la afinidad con los españoles por la militancia latinoamericana, y cuando atenúe la sensibilidad que le despiertan los enfrentamientos para trocirla por la sociología de los intelectuales que le prodiga la ubicación precisa de los actores en un campo cada vez más complejo– prescinde del marco de partida y difícilmente hubiera tenido las características que adquirió de no haber mediado la Revolución Cubana, ese fenómeno que pregonó que un nuevo orden mundial era posible y que saldría de América Latina.

Época de consolidación de redes

El segundo momento de este recorte provisorio de intención didáctica comienza a mediados de los años 60 y se extiende hasta principios de los 70. Más precisamente: arranca en 1964, momento en que la correspondencia más voluminosa es la que mantiene con Marcia Leiseca (complementada con envíos mucho más esporádicos a Haydée Santamaría y Roberto Fernández Retamar: tres figuras ineludibles de la intelectualidad revolucionaria cubana) y se cierra en torno al caso Padilla en 1971, cuando los destinatarios cambian de esa trinidad isleña a los críticos profesionales con los que entablará diálogos permanentes: el antiguo discípulo Jorge Ruffinelli, el nuevo amigo Rafael Gutiérrez Girardot, el decano de los brasileñistas Antonio Candido.

Los juicios que se esparcen en tales documentos confirman la necesidad de indagar este aspecto de la función crítica, ya que no solamente constituyen una variante respecto de los

textos editados de Rama sino también una sorpresa por las consideraciones que formula sobre producciones y autores. Se trata de una época que, impregnada de los efectos renovadores que dispersa Cuba, exige que la crítica literaria se complemente con –e incluso en ocasiones quede abrumada por– ponderaciones de figuras y de conductas intelectuales. Es asimismo un momento significativo de la difusión intercontinental a través de editoriales que van desde las tradicionales –Era, Losada– hasta las incipientes –Siglo XXI– pasando por las artesanales, en las que Rama se involucra protagónicamente: es el caso de Arca en Montevideo, “donde se recoge un panorama de la cultura que importa en nuestra América” (a Ezequiel Martínez Estrada, 10 ene 64, p. 162)⁶ y de Galerna, de la que es uno de los fundadores en 1966.

Las cartas a Leiseca responden al asesoramiento en la organización de un equipo intelectual. Una de ellas, sin fecha (aunque la edición del epistolario la ubica verosímelmente en 1964), además de advertirle que “[e]n Buenos Aires parece absolutamente imposible vender nada que tenga el pie de imprenta de La Habana” (p. 166) expone otras informaciones recogidas en la Argentina: el cubano Cintio Vitier “es muy conocido y estimado en el Plata” (p. 169) y se impone saber qué ocurre con él; el argentino David Viñas “[d]entro de lo relativo, está mucho más tranquilo” (p. 167) y aceptaría viajar a Cuba para el concurso de Casa de las Américas. El tópico sobre el carácter volcánico de Viñas se reitera y es la causa de que Rama desaconseje ofrecerle la dirección de la revista *Casa de las Américas*: primero desde la frase cautelosa “no me parece el hombre para ese cargo” (27 mar 65, p. 189); luego con una declaración abierta, aunque atenuada por la condición urbana del sujeto: “es proverbial que David tiene problemas con el género humano [...] me consta que es ancestralmente porteño y no podría sobrevivir fuera del asfalto” (p. 191).

En un mensaje posterior sugiere invitar a José Miguel Oviedo al organismo, ya que “[e]l mejor crítico que tiene Perú en estos momentos” y es amigo personal de Rama y de Sebastián Salazar Bondy (a Leiseca, 25 ago 64, p. 173), en reemplazo de José María Arguedas, quien por ocupar un cargo oficial no recibirá permiso del presidente Fernando Belaúnde Terry para viajar. Una vez más se comunica con ella para indicar que los argentinos Alberto Ciria y Juan Carlos Pontantiero y el uruguayo Sarandy Cabrera son “gente dispuesta a ir a Cuba por un tiempo a trabajar en lo que fuera” (20 dic 64, p. 179). A renglón seguido da cuenta de su participación en reuniones que tienden al armado de una red intelectual que excede los alcances del motor cultural que es Casa de las Américas: su paso por Génova (para el *Colombianum* en que se espera lanzar la revista *América Latina*) será una oportunidad de encontrar a Fernández Retamar y a Alejo Carpentier (Íbid.) y a la vez una manera de contrarrestar las reuniones celebradas en Cuernavaca por la revista norteamericana *Dedalus* y en Rio de Janeiro por los *Cuadernos por la Libertad de la Cultura* (Íbid.).⁷

Este tema retorna en la correspondencia con Fernández Retamar, ya que el Congreso

⁶ La carta solicita el libro de Martínez Estrada *La poesía afrocubana de Nicolás Guillén* para ser publicado en la colección americana (en carta a Leiseca del 30 abr 65 revela que la editorial se niega a editarlo hasta saber si podría circular en Cuba, p. 196. En un mensaje a Fernández Retamar, Rama propone dedicar un número de la colección latinoamericana de Casa de las Américas a los cuentos de Martínez Estrada y ofrece enviar un prólogo para dicho volumen). El escritor argentino, que fallece en noviembre de ese año, se había entusiasmado con la experiencia cubana, pese a su pasado liberal, y había escrito en la isla, además del texto referido por Rama, *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* (1963) y *José Martí: el héroe y su acción revolucionaria* (1966).

⁷ Sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura y los *Cuadernos* que editó, cfr. Mudrovic (1997 y 2013). En el último caso, si bien la autora se detiene exclusivamente en el papel de Borges en esa institución, muestra la adhesión del escritor a los propósitos de la misma. Dicha situación de Borges es justamente la que motiva (junto a otras actitudes del argentino) el juicio que Fernández Retamar le destina en la primera versión de su ensayo “Calibán” en 1971.

por la Libertad de la Cultura, que representa un avance norteamericano sobre las políticas culturales de América Latina (contrapeso ideado desde el gobierno de John F. Kennedy a la expansión cubana por el continente), está detrás de la revista *Mundo Nuevo* que representa un eslabón más en la cadena de disidencias que Rama mantiene con Rodríguez Monegal, director de la publicación. Admite que muchos intelectuales valiosos “fueron engañados” (a Fernández Retamar, s/f [1965], p. 203) y ratifica tal juicio en “las declaraciones de Emir en *Primera Plana*, la revista ambigua argentina” que subrayan que “la venta es bien pagada” (p. 204) y confirman las estrategias de “la violencia y el dinero con que los Estados Unidos han decidido entrar en la vida cultural latinoamericana” (Íbid.). Frente a eso le augura posibilidades más que discretas al Colombianum.

Otra comunicación con Leiseca hace hincapié en las vicisitudes de estas publicaciones con un propósito de advertencia tan enfático como no aparecía en los textos editados pero sí en otras cartas, como la que señalaba el perfil “anti-allendista” de José Donoso (a Haydée Santamaría, 3 jul 64, p. 170): “*Cuadernos* fue sustituida por *Nuevo Repertorio*, que dirigirá en París Rodríguez Monegal, y que intentará el confusionismo por un tiempo” (a Leiseca, 10 feb 66, p. 210). La preocupación mayor del crítico es la tendencia de los mexicanos a plegarse a estas iniciativas, lo que en la misiva ocupa apenas una línea (ni en Montevideo ni en Buenos Aires los escritores valiosos de “la nueva generación participarán del engendro, pero en México ya no sé qué puede ocurrir”: 210) que desencadenará un áspero intercambio con Tomás Segovia.

Arrogándose acaso la función delicada del consejero no solicitado, Rama le advierte al colega que evite acercarse a *Mundo Nuevo*. Tal vez sabedor de que sus viejas diferencias con Rodríguez Monegal podían ser atribuidas al resentimiento, aclara que “no soy enemigo personal [...] sino que soy enemigo de sus ideas y de su política cultural” (a Tomás Segovia, 6 feb 66, p. 210) y sitúa la ruptura definitiva en un artículo de Monegal sobre Carpentier en el que asociaba a Fidel Castro con la figura de Victor Hughes que se representa en *El siglo de las luces* (1962). La carta siguiente ahonda las cuestiones ideológicas, solo que ahora cambia el foco del director de *Mundo Nuevo* al propio Segovia, a quien ubica en el campo enemigo y al que alecciona por boca de un funcionario del gobierno cubano como Fernández Retamar: “Roberto lo dijo con entera claridad: Nadie puede creer que el imperialismo esté dispuesto a financiar la cultura libre y anti-imperialista de América Latina” (7 abr 66, p. 215).

Pero a cierta altura, tras ofrecer el rechazo de “las gentes honradas de toda América Latina” -Benedetti, Lihn, Viñas, Vargas Llosa (que a esa altura se alistaba entre los confiables para Rama, previo a la ruptura con Cuba y a la polémica entre ambos; vaivenes semejantes registra en torno a Benedetti)- a “esta empresa de mistificación y de sometimiento” (p. 217), acusa al destinatario de cínico antes de vaticinar que “tendremos una generación de escépticos o cínicos, o tendremos una generación de mártires” (p. 218). El tema trastorna tanto a Rama que se vuelve excluyente en sus cartas de 1966 y 1967, con excepción de las que remite a Arnaldo Orfila Reynal: una con motivo del injusto despido del argentino de su cargo de editor de Fondo de Cultura Económica, que el propio afectado convierte en oportunidad creativa al fundar Siglo XXI (12 mar 66);⁸ otra lamentando su frustrado viaje a Buenos Aires que acariciaba como oportunidad de plantear “algo semejante a la filial argentina de Siglo XXI, entre nosotros” (27

⁸ Orfila fue despedido del Fondo de Cultura Económica, al cabo de un cuarto de siglo de servicio como director editorial, con motivo de la denuncia que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística presentó a raíz del libro *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, editado por FCE. Aunque el tema no prosperó, la conducción del Fondo, empresa de capitales estatales, dispuso la salida del director. Con la indemnización y la agenda de contactos que había armado a lo largo de esas décadas Orfila fundó Siglo XXI en México, que tuvo luego filiales en países latinoamericanos. Cfr. Sorá, 2017.

jun 66, p. 219) y para ofrecerle un libro sobre imperialismo y cultura que aspiraba a publicar en la colección dirigida por Gregorio Selser en Eudeba, antes de que la situación argentina se volviera tan insegura.⁹

Mientras en carta a Benedetti se mofa de la revista mediante el sobrenombre de *Mundo Cane* y especifica el financiamiento del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), que también organiza “coloquios, mesas redondas y congresitos” en Paraguay, Colombia y Chile (12 oct 66, p. 224), en un mensaje posterior insiste en advertir a los incautos cuando le informan que César Fernández Moreno viaja a París para entrar como jefe de redacción de *Mundo Nuevo* (a Leiseca, 1 feb 67). Nuevamente México es foco de sus ataques, más aún tras la amistad que le profesa el gobierno cubano a ese país: no ya por el entreguismo de Segovia o las declaraciones irritantes de Fuentes sino porque allí se fusila campesinos (a Leiseca, 1 jun 67). Al escribirle a Vargas Llosa, este disgusto se vuelve malestar persistente y reclama acción inmediata:

como mi adhesión a la revolución cubana no significa servidumbre a un nuevo Kremlin, y como mi batalla no ha de efectuarse en la isla sino en mi país y en América Latina, entiendo que la falta de un organismo latinoamericano, si no revolucionario al menos progresista, debilita toda acción conjugada de los intelectuales, y que esa carencia no se suple con organismos instalados en La Habana. (a Vargas Llosa, 20 jun 67, p. 237)

No obstante, esta idea se atenúa cuando las condiciones se modifican radicalmente: primero con el asesinato del Che Guevara, el 8 de octubre de 1967, y luego con la renuncia de Rodríguez Monegal a *Mundo Nuevo*, porque el traslado de la revista a Buenos Aires le parece al director una degradación en términos de “las ventajas socioculturales de París” (a Benedetti, 8 abr 68, p. 254). Es entonces cuando insiste en crear una publicación nueva, que hacia fines de ese año presenta como “un órgano de comunicación de la literatura actual” (a Vargas Llosa, 15 nov 68, p. 261).

Este período de expansión de redes por parte de Rama tiene al menos otros dos puntos sobresalientes que se manifiestan en la correspondencia. Uno es el vínculo con Marta Traba, que comienza de manera muy formal cuando responde a una convocatoria de ella para dictar una serie de conferencias en Colombia, donde la crítica de arte argentina residía. Un trato distante que impide el tuteo y lleva al uruguayo a firmar como Director del Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de la República certifica el carácter burocrático de este contacto (6 sept 66). Antes del año la relación había escalado: él le publica un cuento en *Marcha* y cierra su carta con una declaración desaforada: “Tu enamorado imposible y rabioso te pide le envíes una bella foto y no lo olvides” (16 ago 67, p. 240). Desde entonces las misivas alternarán aspectos profesionales e íntimos¹⁰ y no sería desacertado detenerse sino en los primeros (que se vuelven especialmente voluminosos cuando Rama se instala como profesor en Puerto Rico, donde conoce a esa “profesora excelente” que es Ana María Barrenechea (24 feb 70, p. 291)); por ejemplo, cuando le solicita los poemas vietnamitas del ex suegro de Marta,

⁹ Tres días después de la fecha de este envío se desató una represión feroz contra estudiantes de la Universidad de Buenos Aires ordenada por el gobierno dictatorial del general Juan Carlos Onganía, tristemente célebre como “Noche de los Bastones Largos”, que derivó en la renuncia masiva de profesores universitarios y la intervención de la editorial de la UBA, creada y conducida hasta entonces por Boris Spivacow.

¹⁰ Rama y Marta Traba se casan en Chile a fines de 1969.

Jorge Zalamea, que con buen ojo de editor cree poder vender mejor que otro género, ya que “el mercado de ensayo es muy duro” (23 feb 68, p. 250), diagnóstico que podría atravesar las épocas incólume hasta nuestra contemporaneidad estricta que le reserva tiradas menores a los quinientos ejemplares.

El otro aspecto destacado es la relación progresivamente fluida con el mundo brasileño que, si había comenzado a través del vínculo con Darcy Ribeiro durante el exilio uruguayo del antropólogo (Coelho y Rocca, 2015), se potencia cuando inicia la serie epistolar con Antonio Candido. A fines de 1967 le comenta el proyecto de la UNESCO para el estudio de las culturas latinoamericanas que se convertirá en un plan largamente pensado por Rama y que no logró ver materializado: una *Historia social de la literatura, las artes plásticas y la música en América Latina*. Cuando invita a Candido a esta tentativa local de emulación de la *Historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser –referencia que aparece por esos años en sus artículos (Rama, 2006)– indica que ya se comunicó al respecto con Sergio Buarque de Holanda y anticipa que la Universidad montevideana tiene previsto crear al año siguiente una cátedra de Literatura Brasileña y Portuguesa (11 dic 67).

En vistas de que esta etapa de la correspondencia se cierra con los coletazos del caso Padilla, resulta legítimo postular como antesala las polémicas que surgen inmediatamente antes del estallido de ese conflicto que llega a partir a la “familia intelectual” latinoamericana (Gilman, 2003). El punto en el que se enzarzan José María Arguedas y Julio Cortázar es sintomático del quiebre general. Si hasta entonces Arguedas era una figura a quien Rama se limitaba a convidar para enseñar poesía quechua en la universidad (6 mar 68, p. 251), un año más tarde es protagonista del enfrentamiento con Cortázar, como lo confirman las páginas de *Marcha* que le remite el 31 de mayo de 1969. El papel que ocupa luego Arguedas en la crítica de Rama, devenido centro de las propuestas de *Transculturación narrativa en América Latina*, no llega a perfilarse todavía; en cambio, el efecto de las polémicas comienza a esparcirse en los intercambios intelectuales, incluso cuando asume la forma irónica que impregna la carta escrita a Vargas Llosa desde San Juan de Puerto Rico: “Hijo, nunca visto que esa ciudad se hiciera capital intelectual de América Latina, absolutamente inesperado e inexplicado” (28 sept 70, p. 308-309).

Es tentador, a partir de tal dato, diseñar un trayecto de cinco décadas en la relación de América Latina con España, algo así como del “meridiano intelectual” madrileño a la “capital” barcelonesa. La primera provocación, lanzada por Guillermo de Torre en *La Gaceta* en 1927, recibió una respuesta airada por parte de los martinfierristas argentinos; la segunda arremetida tiene una consecuencia opuesta, ya que aquellos narradores que habían integrado el llamado *boom* latinoamericano –que Rama contribuyó a impulsar y luego contempló con desconfianza hasta quitarle el apoyo–,¹¹ en vez de replicar con una lengua ensoberbecida las pretensiones madrileñas, como hicieron los vanguardistas argentinos (que se excedieron en un lunfardo imposible de comprender para los españoles, lo que acarrea un oprobio adicional), se plegaron con fervor mercantilista a la oferta comercial de los sellos peninsulares, repuestos ya del descalabro a que los había condenado el franquismo. Pero lo cierto es que en la misiva Rama se abstiene de estas consideraciones, en las que se concentrará cuando organice la

¹¹ En carta a Ugné Karvelis, compañera de Cortázar por esos años, declara: “Si el *boom* fuera lo que cree Julio, yo estaría a favor con las dos manos en alto [...] Desgraciadamente es más bien un juego de señoritos al estilo de Carlos Barral” (26 abr 73, p. 400-401). En el mismo sentido conviene leer la ironía que le dedica a Vargas Llosa sobre la importancia de Barcelona para la literatura latinoamericana. Un mes más tarde le escribe a Cortázar que nada lo satisfaría más que el éxito de libros que se dedicó a apoyar, pero debe denunciar que se trata de un fenómeno totalmente mercantilizado: “¿Y desde cuándo la cotización de ventas es un valor?” (22 may 73, p. 407).

reunión el Woodrow Wilson Center en 1980 (Rama, 1983) y, bastante antes de desatar la polémica que mantendrá con este corresponsal, desplaza el tema mediante dos estrategias.

Una es la de pasar a contar experiencias propias para evitar ofuscarse con el colega: así revela “el imperio de los mediocres encaramados” que domina en la Universidad de Puerto Rico (28 sept 70, p. 310). Otra es el enemigo común externo a este diálogo: el “tontito de Óscar Collazos” (Íbid.), quien también litiga con Cortázar (Collazos y Cortázar, 1971) en torno a la responsabilidad del escritor, ha hecho comentarios sobre el volumen de Valoración Múltiple dedicado a Vargas Llosa y preparado por Rama.¹² Finalmente, el crítico esparce su sospecha en torno de Cuba, ya que el ambiente de la isla se le ha vuelto inquietante: “Es de temer un período de burocratización cultural que deseo ardientemente sea breve y no deje marcas” (p. 311).

Las consecuencias de esa frase ocupan mensajes a varios interlocutores. Uno es Jorge Ruffinelli, que estaba a cargo de la página literaria de *Marcha* (y a quien ya aconsejó mejorar las colaboraciones, al tiempo que condenaba “el fárrago palabrero” de la revista, que reputa “nunca más anacrónico que ahora” (16 ene 71, p. 320). Mientras a fines del año anterior se atribuía una *misión* en Puerto Rico para evitar que los jóvenes universitarios de la isla se plegaran a la cultura norteamericana (7 oct 70, p. 313), en abril de 1971 desprecia la famosa “Carta de los 62” que intelectuales latinoamericanos y europeos le dirigen a Fidel Castro por reconocer en ella “ese airecillo retador que delata la pluma de Goytisolo, siempre dispuesto a ser el fiscal, aunque nadie lo llame a tal puesto” (5 abr 71, p. 341);¹³ al mes siguiente se refiere al “asunto Padilla” como “una de las mascaradas intelectuales más indignas y despreciables a que nos hayamos enfrentado” (16 may 71, p. 345), semejanzas con los procesos soviéticos mediante, de la que predice que afectará al futuro de los movimientos latinoamericanos.

Otro corresponsal del momento es Vargas Llosa, ante quien ya anticipa la posición fiscalizadora de Goytisolo, aunque entonces confesando sus sospechas de que el propio Heberto Padilla y Pablo Armando Fernández fueran “alarmistas en exceso” (26 mar 71, p. 336). Un tercer destinatario de sus mensajes, previsiblemente, es Fernández Retamar, al que le advierte que “el efecto de esta detención [la de Padilla] es catastrófico para la revolución” (5 abr 71, p. 338). En una línea más decidida se dirige a Haydée Santamaría mediante una carta abierta en la que renuncia al comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas* porque en Cuba “se usó como recurso de respuesta el más acrítico, elemental y pernicioso, que consiste en el insulto *ad hominem*, imaginando quizás substituir con él las obligaciones del debate científico” (27 may 71, p. 351).

El texto más notable de este conjunto es el que le envía a Idea Vilariño, porque además de exponer su posición y sus inquietudes sobre el momento latinoamericano –“siento el desamparo de los jóvenes [...] su concepción heroica de los intelectuales, tan nuestra, tan hispanoamericana, tan cálida y a la vez sin posibilidades” (25 mar 71, p. 329)– y reincidir en el lamento sobre *Marcha* (“me parece gastadísima, antediluviana para decir la verdad”: 331),¹⁴ es

¹² Valoración Múltiple es el nombre de una colección de Casa de las Américas que recopila crítica sobre autores representativos de América Latina. En febrero de 1968 Benedetti le envía una carta a Vargas Llosa en la que le anuncia el lanzamiento de la colección y la inclusión de su nombre entre los ocho títulos iniciales.

¹³ Es sintomático que diez días antes le responde al escritor español, que lo ha convidado en papel membretado de la revista *Libre* a ser parte de la empresa. Rama acepta por los nombres de Cortázar y Vargas Llosa entre los auspiciantes le generan confianza, sobre todo por haberse abstenido de colaborar en *Mundo Nuevo* (26 mar 71). Sobre las alternativas de la revista *Libre*, cfr. Gilman, 2003; Croce, 2006.

¹⁴ Dos años más tarde todas las ambigüedades en torno a la revista se condensan: “*Marcha* es como un dinosaurio: representa otro tiempo y, a decir verdad, lo hace con gran dignidad y su contribución creo que debe realizarse, pero

un ejemplo del tránsito de género en que se asienta lo que aquí llamo función crítica: “He escrito un ensayo, no una carta” (p. 332). En el vaivén cada vez más pronunciado entre la urgencia de intervención y las discursividades más aptas para hacerlo sobreviene la que Rama no podía saber que sería su fase final.

Época de fundaciones

La continuidad evidente entre períodos que he recortado exclusivamente por practicidad organizativa se puede establecer no solo por persistencia de correspondencias ni por permanencia temática sino también por aspectos morfológicos que vuelven a apuntalar la función crítica fuera de los soportes habituales. Poco más de un año después de reconocer que su carta a Vilariño es “un ensayo”, la comunicación con Juan Gustavo Cobo Borda extiende al mensaje la condición crítica de los fascículos que le anexa. Como si se requiriera una crítica de la crítica, menos explicativa que justificatoria de la práctica, la misiva anuncia que el ejemplar de *La generación crítica* que va por vía aérea combina tentativas desprendidas de esa voluntad inicial de sistematizar la *formación* en que él mismo se inscribe (Rama, 1971); el otro trabajo, sobre un cuento del siglo XIX uruguayo, se arroga papel fundador, apunta a ser una demostración de confluencia de diversas metodologías en un mismo estudio y sorprende por el anticipo que pretende y por la autonomía de la crítica que afirma: “Es de 1965, o sea anterior al S/Z de Barthes y, como este, peca de afán sustitutivo de la literatura, porque en definitiva el ensayo concluye siendo más variado o interesante que el propio relato que le sirve, literalmente, de pretexto” (a Cobo Borda, 11 jun 72, p. 363-364).

La fe en el papel que le corresponde cumplir a la crítica respalda las iniciativas que surgen en esos años, comenzando por el “coloquio de críticos” entregado a estudiar “La literatura en la transformación social de América Latina” que contará con apoyo del gobierno chileno de Salvador Allende (a Ruffinelli, 1 sept 71). El enfoque es estricto: “nada de historias, referido directamente a las necesidades de nuestro continente” (p. 354) y con aporte de escritores-críticos como Benedetti, Viñas y Vargas Llosa.¹⁵ El mismo plan le presenta a Candido, con el propósito de que Brasil deje de ser “el enorme desconocido” y aparezcan representadas perspectivas como el marxismo (5 sept 71, p. 356-357). Rafael Gutiérrez Girardot propone una reunión similar a la de Chile, a realizarse en Bonn, donde trabaja (a Noé Jitrik, 31 dic 71), aunque esta idea se frustrará en breve por la resistencia alemana (a Gutiérrez Girardot, 18 feb 72).

El epistolario con Gutiérrez Girardot es tal vez el más relevante de esta etapa. Con ningún otro interlocutor Rama es tan preciso en sus planteos y sus evaluaciones. Algunas cartas

se me presenta como extemporáneo y desubicado” (a Julio Bayce, 5 feb 73, p. 394). Recién a fines de los 70 vuelve a simpatizar con esa publicación de sus inicios, cuando logra plasmar en ella un plan propio: al cabo del cierre durante la dictadura uruguaya, “*Marcha* [...] ha resucitado en el exilio mexicano” (a Norberto Fuentes, 27 sept 79). Dicho plan es continuar la antología editada en 1964, de modo de “mostrar los que entiendo son los escritores que reemplazan a los famosos del boom” (a Sergio Ramírez, 16 may 80, p. 647). En contrapartida, la revista *Crisis* que aparece en Buenos Aires en 1974, le resulta “de divulgación, muy livianita” (a Gutiérrez Girardot, 10 abr 74, p. 459).

¹⁵ Años más tarde, al publicar *Los gauchipolíticos rioplatenses*, le escribe otra vez a Ruffinelli: “son ensayos escritos sobre la vida política uruguaya y nuestras esperanzas. Nunca vi más claro en qué medida nuestra tarea crítica responde a este otro texto crítico que es el de nuestra participación en las luchas sociales del continente” (23 mar 77, p. 552)

son miniaturas críticas de lucidez y claridad deslumbrantes:

[El estructuralismo] comienza a ser devorado por un lado por los exhibicionistas (tipo Faye) y, por otro, deriva al más académico e inocuo de los sistemas críticos académicos. Todavía sobrevive la posibilidad más problematizada y cultural de algunos de *Tel Quel* (como Sollers o la Kristeva) pero todo comienza a *piétiner sur place*.

[...] Culturalmente la cosa no funciona [en París], no hay nada interesante realmente, y se ha producido una infección seudo revolucionaria que permite mantener la caja del Sr. Maspero pero que nada tiene que ver con América Latina: es un producto puramente especulativo, verbal, esquemático y muchas veces directamente zozco. La crítica práctica de los periódicos es de una sosería, cuando no de una cursilería, pasmosa. (5 ene 73, p. 386-387)

[...] estuve recordando de una larga discusión contigo, en Bonn, y creo que si hoy la volviéramos a hacer ya no estaríamos tan en desacuerdo: es una experiencia fastidiosa la de una lectura global de Paz, primero, por la repetición de conceptos, segundo, por la imprecisión y generalidad de las ideas, tercero, por la falta de fuentes para proposiciones muy concretas y firmadas (total desentendimiento de la Escuela de Fráncfort, aunque maneja varias de sus aportaciones) y cuarto, por una orientación progresivamente conservadora y hasta reaccionaria que se ha infiltrado en su anarquismo. (10 abr 74, p. 458)

Es también a este corresponsal a quien le confía, en evidente distanciamiento de su época filohispanista montevideana, su disgusto con Dámaso Alonso (“tan trivial esta escritura española que por momentos evoca la tertulia de la rebotica madrileña; 4 jul 80, p. 653) y su aprobación a la “aplanadora” que Gutiérrez Girardot ha pasado sobre Ortega y Gasset (29 oct 80, p. 668);¹⁶ y a quien le remite “Medio siglo de narrativa latinoamericana”, ensayo escrito a pedido de la editorial italiana Vallecchi que se imprimió como prólogo a *75 narratori*, dos volúmenes antológicos al cuidado de Franco Moggi. Advierte que le falta una cincuentena de páginas sobre el *boom* y agrega “que es el ensayo más útil que pueden reclamar las editoriales” (10 mar 76, p. 502). El nombre del colombiano aparece en la nómina a mano alzada que diseña para un eventual Grupo Crítico Latinoamericano, en el que coincide con Jean Franco, Candido, Schwarz y el destinatario de esta misiva, Julio Ortega (8 ago 80, p. 658-659). También convoca a Gutiérrez Girardot a formar parte del Consejo Asesor de la revista *Escritura* (8 ene 82, ocasión en que concuerda con Sabato en que “una buena vida intelectual [...] debería durar unos ochocientos años”, p. 717).

En tanto con Gutiérrez Girardot hay una racionalización evidente de las consideraciones y algunas diferencias de planteo que se van corrigiendo con el tiempo, con Candido existe una identidad completa, una afinidad que lo enorgullece. Cuando juzga excelente su trabajo acota que “digo esto como si me elogiara a mí mismo. Me produce cierto asombro comprobar cómo caminamos por sendas paralelas, que creo se deben a perspectivas críticas similares [...] para mí coincidir contigo es la corroboración de que no me equivoco” (8

¹⁶ El episodio más desopilante respecto de la ruptura completa con los españoles es su encuentro con Francisco Rico, que le relata a Saúl Sosnowski con un detallismo inusitado, para rematar: “Juro que no caricaturizo [...] creo que se cree seriamente el nuevo Menéndez y Pelayo y que además considera que eso es algo supremo” (14 ago 81, p. 692).

nov 73, p. 431-432). Las siguientes comunicaciones con ambos, respectivamente del 16 y 17 de septiembre de 1974, anuncian la creación de la Biblioteca Ayacucho,¹⁷ y a partir de entonces será el plan de la colección el que ocupará casi por completo los intercambios: mientras a Gutiérrez Girardot le encarga la preparación del volumen de ensayos de Henríquez Ureña, a Candido le solicita ayuda para organizar el sector brasileño de la biblioteca (además de asignarle el tomo sobre Silvio Romero y el prólogo a *Memorias de un sargento de milicias* de Manuel Antônio de Almeida).¹⁸ ¹⁹ Más adelante Candido será referencia obligatoria cuando Rama inste a “incorporar a los latinoamericanos al comparatismo” (25 abr 80, p. 640) con vistas a producir una Historia de la Literatura Latinoamericana.²⁰

El plan original fue foco de discusiones y de arduos desencuentros. Así lo confirma la carta a Jacques Leenhardt en la que Rama expone sus objeciones al proyecto y declina su participación en los términos en que ha sido planteado, absolutamente aislado del comparatismo:²¹

- 1- los trescientos años de literatura coloniales son despachados mediante algunas fórmulas generalizadoras [...]
- 2- [...] la ordenación de las literaturas indígenas (que vuelven a ser remitidas a precolombianismo) está hecha a partir de algunas frases que nos retornan a un Lévy-Bruhl poetizado [...]
- 3- [...] el Brasil no existe para este esquema, que responde íntegramente a una visión panorámica hispanoamericana [...] si además agregamos la inexistencia del pequeño sector francés (y no hablemos de la literatura del Quebec) y del sector inglés, quedamos enteramente fuera de todo intento de comparatismo.
- 4- no hay una periodización y un ordenamiento objetivo de una abundante materia literaria sino una interpretación personal [...] inadecuada para una tarea colectiva a cargo de un equipo internacional;
- 5- la lista de colaboradores reúne un grupo de amigos y algunas otras figuras, ignora a la mayoría de los especialistas académicamente dotados, tanto de América Latina como de Estados Unidos, excluye a todos los españoles que saben bastante más sobre la Colonia que la mayoría de los latinoamericanos [...]

¹⁷ Sobre la Biblioteca Ayacucho, ver *Linguagem e Ensino* vol. 23 n. 1.

¹⁸ Si bien con otros brasileños, como Darcy Ribeiro y su esposa Berta, la correspondencia es fluida (especialmente con ella, mucho más amable y consecuente que Darcy), hay figuras con las que Rama elude el tratamiento: es el caso de Afrânio Coutinho y Bela Jozef, a quienes conoció en Estados Unidos y de quienes sugiere “que para ellos el Brasil se termina en la Universidad de Río, y más abajo del continente no queda nada” (a Candido, 15 abr 77, p. 557-558). En cambio, elogia a Alfredo Bosi en carta a Michi Strausfeld (1 mar 77, p. 559).

¹⁹ El prólogo en cuestión es el artículo “Dialética da malandragem” que Candido había publicado en 1970 en la *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros* n. 8 de la USP (p. 67-89). En 1977, con el título “Dialética del Malandrínaje”, apareció en traducción de Elvio Romero en la edición de *Memorias de un sargento de milicias* (n. 25 de la Biblioteca Ayacucho (p. IX-XXXVII).

²⁰ El año anterior le había recomendado a Candido que “si vas a Buenos Aires no dejes de conocer a un joven matrimonio de críticos muy talentosos (Ricardo Piglia y Josefina Ludmer) que son de lo mejor que hay allí ahora (no tengo dirección, pero la consigues en la Librería Fausto, para cuyas ediciones trabajan)” (16 abr 79, p. 613).

²¹ No obstante, eso no astilló su relación con el suizo, a quien le solicita un empleo cuando es expulsado de Estados Unidos por el gobierno de Ronald Reagan, que se niega a renovarle la visa en 1981: “Nada nos atrae menos que volver a vivir en París, experiencia de estudiantes que no habría que repetir, pero Leenhardt está tratando de conseguirme algún trabajo temporero” (a Gutiérrez Girardot, 22 oct 82, p. 778).

- 6- en aquellos períodos de este inmenso corpus en los cuales tengo alguna versación, como son el neoclásico y el modernismo hispanoamericano, confieso que no llego a entender las razones del ordenamiento de los materiales”. (21 mar 80, p. 638-639)

En cambio, está dispuesto a organizar una Biblioteca Básica Latinoamericana, que le ofrecen dirigir en el Center for Inter-American Relations, más próxima al emprendimiento de la Biblioteca Ayacucho del que a esa altura se ha desprendido momentáneamente (“Cumplida de sobra mi tarea aspiro a ser solo orientador de su trabajo” al cabo de 50 títulos entregados, le escribe a Alberto Orecchioni el 22 nov 79, p. 600).²² Como en la empresa caraqueña, que no se limitaba a aspectos literarios, el criterio que privilegia en esta iniciativa es “el de la importancia histórica y artística de los materiales, la influencia que han tenido sobre la cultura latinoamericana y la vitalidad que aún conservan hoy, haciendo de ellos tópico central de la cosmovisión intelectual de América Latina” (a Rosario Santos, 1 jun 80, p. 648).²³

El proyecto de la *Historia...* reaparece en los momentos finales de Rama, ahora sí con una impronta comparatista declarada, y corresponderá a Ana Pizarro –en su origen coordinadora del plan de dos tomos voluminosos que dirigirán respectivamente Rama y Candido– ponerlo en práctica en *América Latina: palabra, literatura, cultura* (1994). En la reunión preliminar desarrollada en Campinas con presencia de Rama, condensada en *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), el crítico vuelve a insistir con los puntos previos. Su sugerencia de nombres a convocar figuraba en carta a Gutiérrez Girardot: Candido encabezaba la lista (asociado a la figura de Pedro Henríquez Ureña) y se sumaban “Jean Franco, que es una inglesa loca” (16 dic 82, p. 793) y Antonio Cornejo Polar; en cambio Leopoldo Zea y Darcy Ribeiro parecen descartados por haber dado ya todo de sí mientras “en general los chilenos son algo patéticos: les ha sido malo el exilio” (Íbid.), Miguel Otero Silva “es un escritor de cuarto orden” (p. 794)²⁴ y solamente José Luis Martínez es “un intelectual riguroso” (Íbid.). Ante Candido admite que el proyecto debe ser rediseñado “porque el inicial de Ana Pizarro era inviable y sobre todo no lograba el comparatismo obligado para que calce dentro de la colección proyectada” (23 dic 82, p. 796). Un mes más tarde es el mismo Candido quien recibe la confirmación del tránsito de Rama de la etapa sesentista a la actual, del entusiasmo revolucionario a la opresión dictatorial, que podría simplificarse como del intelectual comprometido al sismógrafo de procesos: “Siento que la década negra en que ha entrado nuestra América la estoy viviendo a nivel personal como si yo fuera un sismógrafo de un proceso tanto mayor. Debe ser el destino del crítico latinoamericano” (26 ene 83, p. 801).

Lo que se evidencia en este momento es la sobrecarga de la actividad crítica, el énfasis en la figura profesional por encima de la inespecificidad que detenta el intelectual. Planteado como conflicto entre retórica y urgencias aparece en un envío a Orecchioni en el que se mofa del título que lleva el prólogo a la antología del pensamiento latinoamericano de Martí a Allende que preparó para Suhrkamp: “Un pueblo en marcha’ peca de retórica y de bonito futurismo y con eso no se construye el futuro hoy y aquí” (16 jun 82, p. 749).

En la comunicación con Marta Traba los aspectos críticos aparecen a veces como

²² También se desempeñará como asesor de una colección latinoamericana publicada en Suecia por iniciativa de Rubén Prieto, editor anarquista uruguayo exiliado en ese país.

²³ En carta a Tulio Halperin Donghi en la que revela que el proyecto probablemente sea financiado por la Universidad de Texas, precisa que se trata de “una versión sintética, en inglés, de la Biblioteca Ayacucho. Más exactamente, una serie de volúmenes antológicos sobre las letras y la cultura anterior al 1900” (19 nov 80, p. 675).

²⁴ Sobre los conflictos con Otero Silva y su familia durante la estadía en Caracas, cfr. Rama, 2008.

compendio de actividades cumplidas durante las temporadas que pasan separados por el trabajo de ambos, otras veces como especie de disculpa por sumergirse en cuestiones novedosas (por ej., cuando se lanza a la antropología y elogia a Lévi-Strauss por “su mecanismo mental, su precisión y rigor, su capacidad combinatoria”; 21 oct 73, p. 418) y en ocasiones como despliegue metodológico. Tal es el caso de la exposición que anticipa el modo en que Rama piensa organizar sus nuevas investigaciones, que conducirán al armado final de *Transculturación narrativa en América Latina* con tres fuentes bibliográficas: “los libros de autores que hay que volver a leer [...], el material crítico literario de tipo teórico, donde cada vez me apasiono más en semiótica [...] y por último el material cultural [...], el teórico (de ahí Lévi-Strauss) y el histórico y particular” (p. 420).

Otra figura con quien se cartea a menudo en los años 70 es Jean Franco. La crítica que abandona Essex porque los estudios latinoamericanos no tienen futuro allí se marcha a Stanford a comienzos de 1973, donde Rama tendrá oportunidad de encontrarla. Es a ella a quien le comenta la desaparición de la hija de Viñas, a poco de iniciada la dictadura en la Argentina, y le pide que publique las declaraciones de Borges elogiando a los militares, ante lo cual lacónicamente acota: “¡Vaya mierda!” (28 sept 76, p. 529). Con extrema confianza le transmite su sospecha de que el concurso de novela Rómulo Gallegos está arreglado para Fuentes, contra la tentativa de ellos de premiar a Roa Bastos (19 may 77) y, cuando el hecho ocurre, se pronuncia con desenfado no ya sobre el otorgamiento sino sobre el lamento de dos de los jurados, Goytisolo y Salvador Elizondo, por la ausencia de *Cobra* de Severo Sarduy entre las obras presentadas: “Estoy descubriendo que llegar tarde a la mariquería daña mucho la salud mental: los diálogos con Juan Goytisolo fueron penosos, pues para él la libertad y el progresismo se reduce al *gay liberation*. Tu artículo parece contestar a sus argumentaciones” (28 jul 77: 565).

Franco será también compañera del taller del Wilson Center sobre el *boom* latinoamericano que derivará en el libro *Más allá del boom: literatura y mercado* (RAMA, 1983). La convocatoria fue planeada por Sara Castro-Klarén, sobre cuya nómina inicial Rama observa que son mayoría las posiciones críticas (como la de Franco y la suya propia) y faltaría incorporar a defensores como Cortázar, Fuentes y el editor Carlos Barral, además de brasileños como Candido y Ribeiro (algo que no se entiende más que por el armado de redes en que Rama está empeñado, ya que el *boom* fue un fenómeno en lengua española y ambos intelectuales son principalmente brasileñistas). En la misiva que envía al cabo de la invitación al taller, Rama señala –posiblemente asesorado por Marta– que junto con el *boom* literario hubo uno en las artes plásticas con Fernando Botero, José Luis Cuevas, Jesús Soto y Julio Le Parc y que habría que considerar asimismo a los narradores que quedaron excluidos de la primera línea comercial: Arguedas, Onetti, Rulfo, Revueltas, Roa Bastos (a Alexander Wilde, 24 ene 79).

Otra mujer será destinataria de consideraciones críticas a comienzos de los 80: Beatriz Sarlo, a quien conoce personalmente cuando comienza el carteo (y que prologa esta edición del epistolario reuniendo esquivras de su autobiografía e identificando a sus guías latinoamericanos: Candido es un “maestro”; Rama, “una fuerza arrasadora”; en Rama, 2022, p. 32). El trato comienza con el elogio por “el benjaminiano artículo que escribieron sobre Sarmiento” con Carlos Altamirano y que fue publicado en *Punto de Vista* (12 dic 80, p. 675). En el envío siguiente confirma que espera para *Escritura* el ensayo sobre *Recuerdos de provincia* incluido finalmente en el n. 9 de dicha publicación (26 ene 81). Un año más tarde el tema de la correspondencia ha virado radicalmente: ella lo convidó a participar de *Capítulo*, una colección lanzada por el Centro Editor de América Latina en el que trabajaba, en la que saldrá la edición

argentina de *Los gauchipolíticos rioplatenses* (21 feb 82). Es el momento en que Rama le ofrece ocuparse, junto con Altamirano, del prólogo a un volumen de Payró, que finalmente será *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* y llevará una introducción firmada solo por Sarlo. Pero la mayor relevancia de este intercambio a los fines de la función crítica son los pedidos de Rama respecto de nuevas lecturas y las sugerencias de Sarlo, quien va desgranando el canon argentino de la época que incluirá en los programas de su cátedra de Literatura argentina del siglo XX cuando obtenga el cargo en la UBA con el retorno de la democracia. A la propuesta del crítico de editar a Manuel Puig y Mario Szichmann, Sarlo retruca con Juan José Saer y Piglia (este último en una faceta que Rama desconocía; 21 feb 82); cuando ella le remite los ejemplares de *Los gauchipolíticos rioplatenses* él le pide que invierta sus derechos de autor en libros: “Á.R. debe leer, sobre todo, como corresponde, sesudos estudios” (14 jul 82, p. 752).

Sería pretencioso establecer cuál es la obra individual más perdurable de Rama pero, guiándose por los datos que se desprenden del carteo, la que más tiempo de incubación ha requerido y aquella en la cual cree que es posible hacer simultáneamente crítica y teoría es *Transculturación narrativa en América Latina*. La carta que le dirige a Orfila Reynal tras mandarle el manuscrito para Siglo XXI registra huellas de esa expectativa:

[...] varios de sus capítulos han sido adelantados en revistas académicas, aunque obviamente no es un libro de simple recopilación de artículos sino un libro unitario que he hecho a lo largo de estos últimos años, paralelamente a otros trabajos.

He intentado desarrollar una tesis nueva que, prevaleciéndose de las proposiciones de Lanternari sobre el desarrollo de las culturas propias luchando contra la presión de las metrópolis imperiales [...] y la creación particularísima de José María Arguedas [...] [e]s una tesis sobre los caminos originales que puede recorrer nuestra cultura latinoamericana (2 sept 81, p. 693).

En otro orden, sería especulativo sostener que Rama intuyó su final inmediato, aunque el vértigo de los años que vivió en la década del 80 resulta sintomático de una urgencia que al menos trasunta cierta consciencia dramática del paso del tiempo. Por un lado, resiente la ausencia de un comparatismo intraamericano que pudiera guiar el proyecto de la *Historia...* y la falta de equipos intelectuales con buena preparación (a Rosario Ferré, 25 abr 83); por otro lado, añora “aquel tiempo feliz en que éramos la barra de don Pepe Bergamín. Estoy tratando de escribir sobre él y lo que me sale es el ‘nosotros’ de esos años” (a Carlos Maggi, 15 oct 83); finalmente lo arrasa la nostalgia con el recuento de los deseos incumplidos: “cuando me pongo melancólico [...] me digo que no querría morirme fuera del paisito” (a Manuel Claps, 3 mar 80, p. 636); “yo no me querría morir sin ver nietos” (a Juan Fló, 24 sept 82);²⁵ ansía “escribir una Historia de la literatura uruguaya, cosa que no me quiero morir sin haber hecho” (a Carlos Quijano, 3 jun 82, p. 747). A Sosnowski, con quien mantiene comunicación fluida en ese último tramo, le deja ver cierto desaliento cuando presenta los planes como obligaciones (25 oct 83) y a él se dirige la última línea de la correspondencia, escrita el 24 de noviembre de 1983, tres días antes del accidente en el que murió junto con Marta, Jorge Ibargüengoitia y Manuel Scorza: “la angustia de la inseguridad que ha comenzado a minarme” (p. 837).

²⁵ Irónicamente, Juan Fló se convertirá en marido de Amparo Rama tras la muerte de Ángel y juntos serán padres de tres hijos.

En abril del año anterior le escribía a Idea Vilariño: “La muerte de Carlos [Rama, su hermano], tan confiado y persuadido de que retornaría, me ha hecho pensar que me ocurrirá lo mismo: un día me iré de golpe (a Dios gracias soy cardíaco) y todo será desperdigado, olvidado, perdido” (7 abr 82, p. 733). En lugar de leer la frase como anticipo del final inesperado y en tanto comprobación lastimera de una labor difusa por empecinamiento, he preferido tomarla como divisa de la inestabilidad del género crítica que me llevó a establecer un sintagma sencillo para designarla –función crítica– y una multitud de textos en los cuales rastrearla. El propósito de este recorrido por la nutrida correspondencia de Rama fue recabar información que los textos declaradamente críticos escamotean y ponderar en función de consideraciones privadas las alternativas de procesos como la elaboración de categorías, la evaluación de autores y fenómenos, el juicio sobre los pares y los proyectos de ordenamiento y sistematización de la literatura latinoamericana.

Referencias

- Altamirano, C. *La invención de Nuestra América*. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.
- Borges, J. L. El escritor argentino y la tradición. En *Discusión. Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974 [1951].
- Candido, A. y Rama, Á. *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido & Ángel Rama, correspondencia*. Edición, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo: Estuario, 2016.
- Coelho, H. y Rocca, P. (organização, estudos e notas). *Diálogos latino-americanos. Correspondência entre Ángel Rama, Berta e Darcy Ribeiro*. São Paulo: Global Editora, 2015.
- Collazos, Ó. y Cortázar, J. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
- Croce, M. (ed.). *Polémicas intelectuales en América Latina. Del “meridiano intelectual” al “caso Padilla”*. Buenos Aires: Simurg, 2006.
- Domínguez G., M. *El exilio de José Bergamín en América Latina (1939-1954)*. Madrid: Visor, 2022.
- Fernández Retamar, R. *Todo Calibán*. Buenos Aires: Letra Buena, 2005.
- Fonseca, C. (org.) Temas de América Latina y el Caribe. *Linguagem e ensino* vol. 23 n. 1, Pelotas: UFPel, 2020.
- Gilman, C. *Entre la pluma y el fusil*. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- González Echevarría, R. *Crítica práctica/práctica crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Mudrovic, M. E. Borges y el Congreso por la Libertad de la Cultura. *Variaciones Borges* 36, Borges Center, University of Pittsburgh, p. 77-104, 2013.
- Mudrovic, M. E. *Mundo Nuevo: cultura y guerra fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.

Pizarro, A. (ed.) *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.

Pizarro, A. (ed.). *América Latina: palabra, literatura, cultura*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013 [1994].

Rama, Á. La generación crítica (1939-1969) en *Uruguay hoy* (Parte IV). Buenos Aires: Siglo XXI, 1971, p. 325-401.

Rama, Á. *Literatura, cultura, sociedad en América Latina*. Edición de Pablo Rocca, con colaboración de Verónica Pérez. Montevideo: Trilce, 2006.

Rama, Á. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego, 2007 [1982].

Rama, Á. *Diario 1974-1983*. Buenos Aires: El Andariego, 2008.

Rama, Á. *Una vida en cartas*. Correspondencia 1944-1983. Edición de Amparo Rama; selección y notas de Rosario Peyrou y Amparo Rama. Montevideo: Estuario, 2022.

Rama, Á. (ed.) *Más allá del boom. Literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios, 1983.

Sapiro, G. *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Villa María: Eduvim, 2017.

Sorá, G. *Editar desde la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

Williams, R. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1980.

Recebido em: 24/07/2024

Aceito em: 02/08/2024